

tica de los hechos de Sixto V publicada entonces Vicente Robardo dedicó inspirados versos a la cúpula (1). Ángel Rocca la alabó como única en el mundo en su obra sobre la Biblioteca Vaticana (2). A pesar del calor del verano continuóse trabajando. Así pudo Sixto todavía antes de su fallecimiento admirar desde el palacio del Quirinal la más hermosa y soberbia línea de perfil que jamás ha llegado a ejecutarse en arquitectura. Faltaba sólo entonces el revestimiento de plomo, el mosaico interior y la linterna (3).

En la historia de la basílica de San Pedro se reflejan también las vicisitudes del Papado en los tiempos modernos. Comenzada la víspera de la gran escisión que separó extensos territorios de Europa del centro de la unidad, paralizáronse los trabajos de construcción a consecuencia de la borrascosa situación de los tiempos, para volverse a avivar vigorosamente desde que se entabló la reforma interior de la Iglesia en tiempo de Paulo III. Mientras el concilio de Trento volvía a afianzar y unificar y purificar la Iglesia hondamente sacudida, también la nueva basílica de San Pedro se levantaba cada vez más poderosamente bajo la sacrificada dirección de Miguel Ángel. Después que se salió al cabo con la reforma eclesiástica en el sur de Europa y también en la otra parte de los Alpes quedó de nuevo asegurada la subsistencia de la antigua fe en Alemania, los Países Bajos y Francia, la victoria de la Iglesia halló también su expresión en el arte. La maravilla de la arquitectura llegó a su término ideal con el Panteón elevado a los aires. Al más enérgico de los Papas de la restauración católica fuéle dado satisfacer los anhelos de los artistas del Renacimiento y terminar la obra mayor y más importante de Miguel Ángel (4). Libre y ligera como un globo celeste se levanta la cúpula colosal con la solemne majestad de una dominadora del mundo en el radiante azul del cielo meridional. No hay palabras que puedan describir la nobleza, la armonía y el poderoso esfuerzo de ascensión de esta construcción quizá la más atrevida de todos los siglos. En cada tiempo del año y del día presenta la cúpula de San Pedro nuevas bellezas: ya la alumbra la primera luz de la mañana o la ardorosa luz del mediodía, ya el sol poniente al traspasar el hori-

(1) *Tollitur aetherias tholus admirandus in auras, etc.*  
V. Robardi Sixti V gesta quinquennalia, Romae, 1590. Cf. también la poesía de Silvio Antoniano en *Tempesti*, II, 25.

(2) Rocca, 417.

(3) Cf. Orbaan, *Avvisi*, 312.

(4) V. Durm, *Arquitectura del Renacimiento*, 496.

zonte ilumine las ventanas de su tambor, o ya la sombreen negras nubes de lluvia o tempestad. Aun entonces encanta de un modo peculiar, cuando el cielo plomizo del siroco se extiende sobre la Ciudad Eterna. Muéstrase sin duda con la mayor hermosura, cuando en la primavera después de un día de lluvia el aire se ha esclarecido, el sol que tramonta detrás del Janículo, tiñe de rojo sanguíneo el firmamento, hasta que las casas y las iglesias se van hundiendo lentamente en la oscuridad, brillan las primeras luces y la potente masa resalta clara y distintamente sobre el cielo sembrado de estrellas centelleantes.

Como la cúpula de San Pedro es la obra más hermosa, así es también la mayor que presenta la Roma Eterna. Desde cualquier punto de vista produce una impresión grandiosa, así desde el Pincio y el Janículo como desde los palacios de los Césares. Contemplada desde las alturas de los collados albanos, sobresale entre todos los edificios de Roma, dominándolos ella sola. Dondequiera que se more en la inmensa campaña melancólica, desde todas partes se ve la cúpula de San Pedro. Cuando todos los palacios e iglesias, torres y colinas han desaparecido, se ve flotar en los aires siempre todavía grande y alta esta obra portentosa.

Al ser la cúpula de San Pedro una señal regia de la ciudad de las siete colinas que lleva al viajero el primero y el último saludo de la residencia de los Papas, es a la vez un símbolo de la Iglesia universal y de su centro el papado. Con su círculo de columnas que majestuosamente la rodean, adorna como con una gran corona el sepulcro del pescador de Galilea. La palabra del divino fundador de la Iglesia dirigida al príncipe de los apóstoles, el primer Papa, ha destronado al Júpiter del Capitolio y a los emperadores del Palatino, y ha elevado a los poseedores de la Silla de San Pedro a gobernadores de un Imperio universal espiritual que siempre se renueva, al cual está asegurada una existencia sin ocaso. Poderosamente siente esto el peregrino de Roma, cuando arrodillado junto a la augusta tumba, levanta su mirada a la cúpula bañada de torrentes de luz. Sobre la intersección de la nave está en mosaico de oro el título de la fundación del papado: Tu es Petrus, y en lo alto de la linterna brillan, igualmente en mosaico de oro, estas palabras: Sancti Petri Gloriam Sixtus Pontifex Maximus V Anno 1590.

La más hermosa de todas las cúpulas que ha creado la mano del hombre siendo artísticamente un monumento del primer tiempo

del Renacimiento, que llegó a su término en medio de la restauración católica por el renovado entusiasmo religioso de la misma, ha sido para todos los tiempos un símbolo incomparable de la antigua Iglesia rejuvenecida después de la tormenta de la escisión de la fe, y de su incesante solicitud por la propagación del reino de Cristo entre todos los pueblos de la tierra.

## LIBRO SEGUNDO

Urbano VII, Gregorio XIV e Inocencio IX

(1590-1591)